

Güeso y Pellejo

Ciro Alegría



Y llegó el tiempo en que el ganado del Simón Robles aumentó y necesitaba mayor número de cuidadores, y también llegó el tiempo en que la Antuca debió hacerse cargo del rebaño, pues ya había crecido lo suficiente, aunque no tanto como para pasarse sin más ayuda que la Vicenta. Entonces, el Simón Robles dijo:

—De la parición que viene, separaremos otros dos perros para nosotros.

Y ellos fueron Güeso y Pellejo. El mismo Simón les puso nombre, pues amaba, además de tocar la flauta y la caja,¹ poner nombres y contar historias. Designaba a sus animales y a las gentes de la vecindad con los más curiosos apelativos. A una china le puso «Pastora sin manada», y a un cholo de ronca voz «Trueno en ayunas»; a un caballo flaco, «Cortaviento», y a una gallina estéril, «Poneaire». Por darse el gusto de nombrarlos, se las echaba de moralista y forzado,² ensillaba con frecuencia a Cortaviento y se oponía a que su mujer matara la gallina. Al bautizar a los perros, dijo en el ruedo de la merienda:

—Que se llamen así, pues hay una historia, y ésta es que una viejita tenía dos perros: el uno se llamaba Güeso y el otro Pellejo. Y fue que un día la vieja salió de su casa con los perros, y entonces llegó un ladrón y se metió debajo de la

cama. Volvió la señora por la noche y se dispuso a acostarse. El ladrón estaba calladito, esperando que ella se durmiera para ahogarla en silencio, sin que lo sintieran los perros y pescar las llaves de un cajón con plata. Y he allí que la vieja, al agacharse para coger la bacinica,³ le vio las patas al ladrón. Y como toda vieja es sabida, ésa también lo era. Y entonces se puso a lamentarse, como quien no quiere la cosa: «Ya estoy muy vieja; ¡ay, ya estoy muy vieja y muy flaca; güeso y pellejo no más estoy!» Y repetía cada vez más fuerte, como admirada: «¡güeso y pellejo!, ¡güeso y pellejo!». Y en eso, pues, oyeron los perros y vinieron corriendo. Ella les hizo una señita y los perros se fueron contra el ladrón, haciéndolo leña⁴...

He aquí que por eso es bueno que estos perritos se llamen también Güeso y Pellejo.

La historia fue celebrada y los nombres, desde luego, aceptados. Pero la vivaz Antuca hubo de apuntar:

—¿Pero cómo para que adivine la vieja lo que iba a pasar y les ponga así?⁵

3. bacinica: recipiente que se coloca al lado de la cama.

4. haciéndolo leña: atacándolo y haciéndole daño.

5. ¿Pero cómo... les ponga así?: ¿Pero cómo iba a saber ella lo que iba a pasar antes de llamarlos así?

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

apelativo *m.*: nombre o sobrenombre.

sabida, *-do adj.*: que sabe o entiende mucho.

1. caja: tambor.

2. moralista y forzado: pretendía ser muy correcto y fuerte.

El Simón Robles replicó:

—Se los puso y después dio la casualidad que valieran esos nombres... Así es en todo.

Y el Timoteo, arriesgando evidentemente el respeto lleno de mesura debido al padre, argumentó:

—Lo que es yo, digo que la vieja era muy de otra laya, porque no trancaba su puerta. Si no, no hubieran podido entrar los perros cuando llamaba. Y sí es que los perros estaban dentro y no vieron entrar al ladrón, eran unos perros por demás zonzos⁶...

6. zonzos: tontos.

El encanto de la historia había quedado roto. Hasta en torno del fogón, donde la simplicidad es tan natural como masticar el trigo, la lógica se entromete para enrevesar y desencantar al hombre. Pero el Simón Robles respondió como lo hubiera hecho cualquier relatista de más cancha:⁷

—Cuento es cuento.

7. cancha: experiencia.

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

mesura f.: cautela, precaución, proporción.

fogón m.: hoguera, el fuego para cocinar o calentarse por la noche.

entromete, de **entrometer** v.: intervenir, entrar a tomar parte.

CONOCE AL ESCRITOR

Ciro Alegría (1909–1967) nació en la ciudad de Trujillo, Perú, pero se familiarizó con las historias y costumbres de los indígenas cuando, de adolescente, visitó la región de Huamachuco.

Cuando Alegría asistía a la escuela secundaria de San Juan, comenzó a interesarse por la lectura. Se familiarizó con los clásicos peruanos y descubrió a una nueva generación de escritores. Escribió para el periódico de estudiantes, que él mismo había cofundado, y más adelante trabajó como redactor de un diario de Trujillo.

Alegría se interesó por la política y se hizo miembro de un partido clandestino. Su trabajo por la reforma económica y social, especialmente la de los pobres de su país, lo llevó a prisión y luego a un exilio que habría de durar veinticinco años.

Alegría fijó su residencia inicialmente en Chile donde escribió tres novelas que fueron premiadas. Estos libros reflejaban las

vidas y tradiciones del pueblo nativo peruano y lograron que un gran público tomase conciencia de su sufrimiento.

El premio que recibió por su tercera y más conocida novela, *El mundo es ancho y ajeno* (1941), le permitió viajar a los Estados Unidos donde enseñó en varias universidades. También pasó un tiempo en Puerto Rico y Cuba. Alegría pudo volver a Perú en 1960 donde reanudó su carrera política y, más adelante, fue elegido a la Cámara de Diputados.

«Güeso y Pellejo» es una leyenda andina que apareció por primera vez en la segunda novela de Alegría, *Los perros hambrientos* (1938). También está incluida en una recopilación de su obra titulada *Fábulas y leyendas americanas* (1982).

